



La arquitectura popular de Lanzarote tiene en sus chimeneas un símbolo de la mayor originalidad y extraña belleza.

ARQUITECTURA POPULAR DE LANZAROTE (Islas Canarias)

C.D.U. 72.067.26 (649.7)

En la constante y suicida destrucción a la que se ha visto sometido el paisaje natural de España y muchos de sus conjuntos urbanos monumentales y pintorescos, pocos ejemplos positivos pueden mostrarse. Uno de esos pocos, y tal vez el más elocuente, es el de la isla de Lanzarote, que milagrosamente aún conserva en grandísima parte su arquitectura popular vigente y sus mejores zonas paisajistas preservadas.

El hecho no ha sido casual y obedece tanto a condiciones socioeconómicas determinantes, como a la voluntad humana, a la fé de unos pocos hombres en unos valores autoctonos que estimaron con muy buen acuerdo que debían conservarse y potenciarse. Y si de antiguo sabemos que la fé es capaz de mover montañas, también es capaz de imponerse para que las montañas no sean arrasadas por los especuladores del suelo sin ninguna clase de conciencias.

Estas páginas dedicadas a Lanzarote son tanto un homenaje como una advertencia. Homenaje a los nombres que han hecho posible la salvación hasta el momento presente y advertencia para que se mantengan vigilantes en lo sucesivo y no permitan los atropellos de que han sido víctimas las más sugestivas costas españolas, muchas de sus nevadas montañas y bosques, los claros ríos hoy contaminados y podridos, los barrios tradicionales arrasados, los numerosos núcleos de población abandonados o desvirtuados de su carácter que habían acumulado los siglos. Atropellos llevados a cabo por la codicia de los que solo les importa esquilmar a su prójimo, ajenos por completo a la sociedad de la que desgraciadamente forman parte y a sus títulos profesionales que les obligan a otros



comportamientos más éticos. También quisieramos que pudiesen servir estas líneas y estos documentos gráficos de ejemplo a seguir para otras regiones naturales que cuenten en su haber con lo que la naturaleza y las generaciones anteriores les legaron. Cuando se trata de un patrimonio social, cultural y artístico, común, toda reflexión es poca antes de perderlo.

Lanzarote es algo aparte en la geografía del mundo. Más de cien volcanes en una superficie de algo más de setecientos kilómetros cuadrados nos pueden dar un dato de lo que es aquella tierra quemada, negra muchas veces pero también blanca de la más blanquísima

arena sahariana. Tierra dificilísima de cultivar pero donde se consiguen cultivos tempranos y selectos codiciados en los mercados más exquisitos. Las vides crecen sobre las cenizas volcánicas y producen el vino malvasía, que ya Shakespeare cita en varias de sus obras dramáticas como el más apreciado de su época. Los melones y las cebollas surgen de las arenas con una lozanía y una calidad difíciles de explicárselo en una tierra donde casi nunca llueve. Hay rincones de fértiles palmeras y hay desolaciones acongojantes en las que solo a pocos centímetros de la corteza terrestre se encuentra el calor natural capaz de encender los matorrales o cocinar directamente sobre un fuego subterráneo que allí se encuentra muy próximo.

Todo es extraño y apasionante en Lanzarote. La isla nos envuelve con una magia de la que es imposible sustraerse y uno se siente transportado, trasladado a un pequeño mundo en el que todo transcurre de maneras distintas a las habituales que conocemos. De las siete islas principales del archipiélago canario, Lanzarote es la cuarta en extensión territorial y también es la más cercana a las costas de África, de las que solo se separa unos cien kilómetros. Lanzarote también es la primera de las islas Canarias que se encuentra llendo desde Europa, factores todos ellos que han contribuido grandemente a formar la personalidad de la tierra lanzaroteña. Con una extensión de setecientos cuarenta y un kilómetros cuadrados, Lanzarote constituye un te-





ritorio natural de cierta importancia y que permite el desenvolvimiento de una sociedad agrícola. Más hay que tener en cuenta que de esos kilómetros cuadrados más de las tres cuartas partes están cubiertas de lavas volcánicas, que hacen prácticamente imposibles los trabajos agrícolas. No existen aguas de superficie, ni ríos, ni fuentes naturales, ni arroyos; la única corriente de este tipo quedó sepultada bajo una gruesa capa de lava en la última erupción volcánica que conoció la isla, la ocurrida de 1730 a 1736, que enterró también los diez mejores caseríos que vivían de las vegas formadas en las margenes del único río.

Tierra erizada de volcanes, en la vecindad arrasadora de Africa con vientos

africanos permanentes que impiden el crecimiento de grandes especies arbóreas, de sequías prolongadísimas, sin aguas. Con todas estas adversas condiciones naturales parece casi imposible se pueda asentar una comunidad humana y prosperar. Si ello es y ha sido posible a lo largo de su historia se debe en su mayor parte al temple extra del campesino lanzaroteño y a ciertas condiciones físicas, no apreciables a simple vista pero que hacen posible la fertilidad vegetal: los vientos alisios, que condensan la humedad atlántica sobre las cenizas volcánicas y permiten que las plantas crezcan y fructifiquen como por milagro. A este regalo húmedo del mar hay que añadir otro no menos importante, los grandes bancos pesqueros situados en las cer-

canias de la isla que permiten la comercialización de muchas especies marítimas.

En este habitat tan peculiar se ha ido formando a lo largo de los casi seiscientos años que cuenta la historia documentada de Lanzarote (los primeros documentos escritos datan de 1377) una arquitectura popular llena de la mayor originalidad, de veracidad constructiva y de sencilla belleza. La sequedad ambiente y su falta habitual de lluvias en la región obliga a que en la casa lanzaroteña el aljibe sea la pieza clave de la construcción, sobre todo en las ruralías. El agua es allí un tesoro mucho más preciado, por raro, que ningún otro lugar y hay que recogerlo hasta la última gota.





Lanzarote también tiene molinos de viento, que se levantan junto a las esculturas naturales que forma la lava petrificada.



Ni siquiera las modernas potabilizadoras del agua del mar han alterado esta reverente dependencia del lanzaroteño hacia la benéfica lluvia. En la primavera, cuando dependencia del lanzaroteño hacia la benéfica lluvia. En la primavera, cuando ocasionalmente es regada la isla con cierta generosidad, toda florece convirtiéndose en el más impensado jardín, en un literal "jardín de las Hespérides". Y para que estas esperadas aguas se conserven en su pureza celestial hay que proporcionarles cauces lo más limpios y asépticos posible. Esta es una de las razones por las que todas las casas populares lanzaroteñas están recubiertas de cal, incluso los tejados, de los que se han suprimido las tejas.

Los mejores ejemplos de arquitectura popular en Lanzarote son los rurales, en los que se ha conservado el esquema local sin apenas variantes. Pero también hay buenos ejemplos en las principales agrupaciones urbanas, en Arrecife y sobre todo en Tegüise, la primera capital de la isla, que se conserva casi igual que cuando fué construida por las huestes de la Corona de Castilla al mando de Juan de Bethencourt, caballero normando que llegó a aquellas tierras en 1402. El guanche habitante a la llegada de los conquistadores no conocía los metales, no construía casas propiamente dichas. La arquitectura primera de Lanzarote fué desde su principio arquitectura anónima, sin arquitectos ni constructores conocidos, adaptando a aquellos parajes modelos andaluces y extremeños que se fueron transformando y modificando con arreglo a las características peculiares de la región, hasta alcanzar características propias que le confieren una personalidad indudable y fácilmente reconocible.

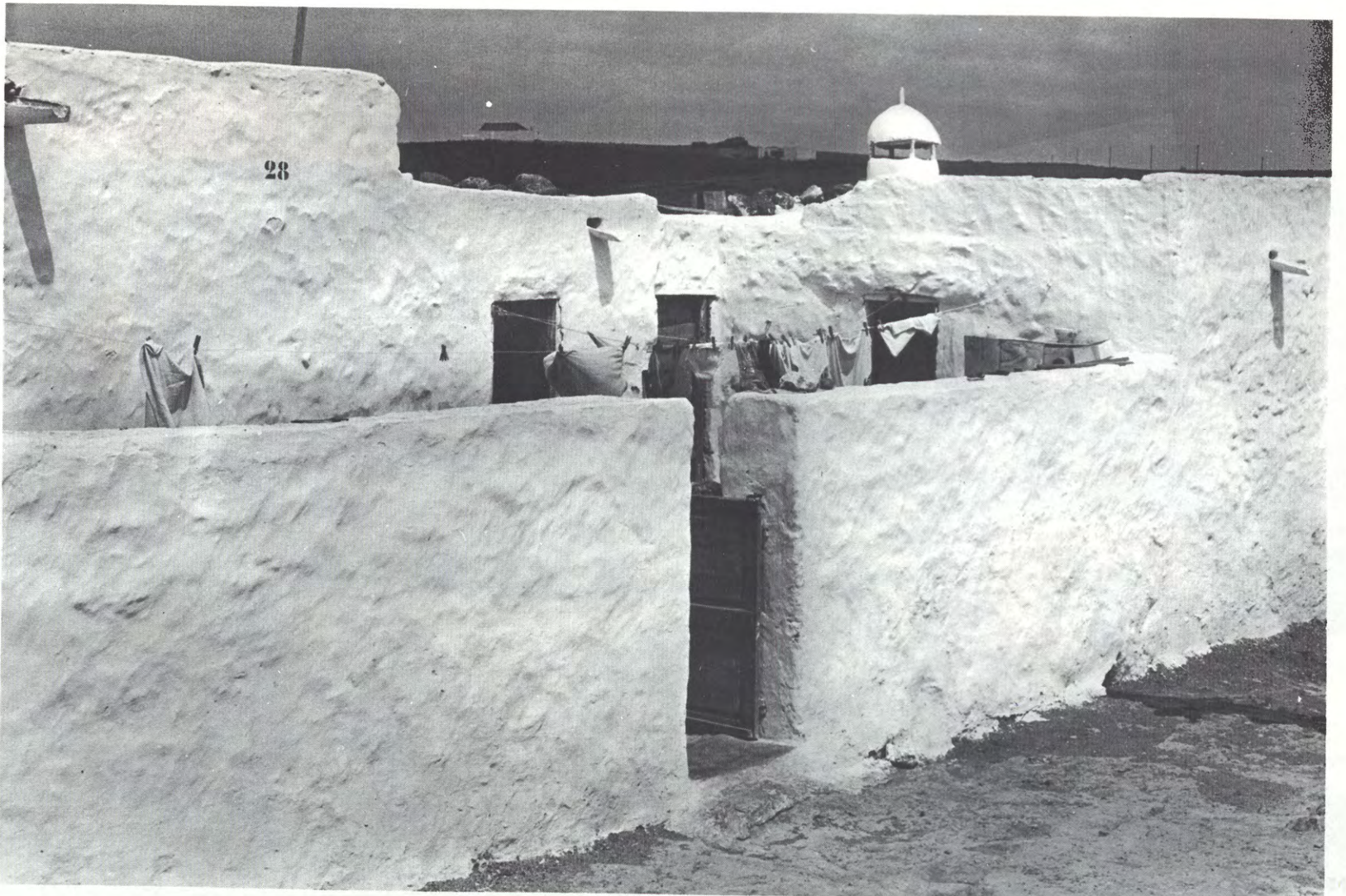
Una de esas características peculiares es el viento africano del que hay que guardarse y resguardarse. Viento que transporta hasta la isla verdaderas lluvias de arena, que limita el crecimiento de los árboles, muda los terrenos y seca los cultivos. La arquitectura popular de Lanzarote se defiende de ese azote del viento africano con muros gruesos y sin ninguna abertura hacia el exterior. Por ello las habitaciones principales de la casa tradicional se abren a los patios centrales, que constituyen el núcleo vital de la vivienda. Ni siquiera los dormitorios tienen ventanas y su ventilación se establece por las puertas que dan al patio central y que

durante el día permanecen abiertas y sólo veladas por las cortinas. El esquema de la casa popular rural es muy sencillo y se repite en sus características esenciales, variando sólo en las dimensiones y detalles accesorios. La planta tiene forma de cuadrilátero, dentro del cual otro cuadrado central forma el patio al que se abren todas las habitaciones, las cuales generalmente no se comunican entre sí. Al patio se abre también la cocina y en él se efectúa la limpieza de los utensilios usados para cocinar. Los materiales constructivos son los que la naturaleza ofrece más a mano: piedra volcánica aglutinada



con barro. Las techumbres suelen ser a dos vertientes, con estructura de madera vista interiormente, de pino teja, especie originaria de Tenerife que crece en las altas laderas del Teide.

El tratamiento externo de los muros está realizado "a cuchara" revestimiento sin alisar con la llana, con lo cual queda una superficie rugosa muy atractiva plásticamente y sobre la cual se superponen las sucesivas capas de la cal protectora. En estos cúbicos volúmenes, tan equilibrados, tan modernos y eternos, solo destacan las redondeces de los hornos del pan, adosados a las casas y practicables desde dentro de ellas, generalmente



desde la pieza de la cocina. También sus extrañas chimeneas rematadas en forma de bulbo, son características de Lanzarote y una de sus notas estéticas más destacadas. Altísimas chimeneas como una especie de minaretes hindúes, que parece ser fueron introducidos en la isla por los navegantes portugueses que regresaban de sus larguísimas navegaciones hasta la India, y que durante unos pocos años dominaron en Lanzarote.

En el exterior de los macizos muros solo se rompe la cal por las hileras de nichos que sirven de refugio a las palomas. Estos palomares, tan escultóricos, son otra novedad de la arquitectura de Lanzarote, una de las pocas que nos ha llegado hasta nuestros días en estado de conservación útil. Lanzarote se diferencia de otras regiones, que también tuvieron una arquitectura popular intere-

sante, en que no solo no la ha destruido sino que la ha incrementado recientemente; Esta conciencia de preservación de los personal, no es producto de la casualidad, se debe principalmente a la labor de vigilancia del Cabildo Insular de Lanzarote y a la paciente, insistente, y muchas veces violenta dialéctica de un lanzaroteño ejemplar, el artista Cesar Manrique, que con su tesón sin desfallecimiento ha ido concienciando a todas las gentes de la isla. El resultado es altamente satisfactorio y hoy, Lanzarote puede ponerse de ejemplo para todos los demás. Con razón ha podido escribir el arquitecto Fernando Higueras: "En ningún lugar de España se ha salvado tanto un paisaje y su arquitectura como en la extraordinaria isla de Lanzarote. Esto ha sido posible gracias a la gestión desinteresada de un artista como Cesar Manrique, que ha sabido despertar y sen-

sibilizar el entusiasmo de las autoridades y del pueblo. César Manrique, artista total de la vida, libre e incatalogable, con obra pictórica en las principales colecciones y museos del mundo, no ha querido limitar su extraordinaria vitalidad al campo de la pintura. Así, ha llevado su gran concepto de contemporaneidad, nunca reñida con el salvamento de lo más sabio y útil de la tradición, al campo de la arquitectura, del urbanismo y de la defensa del paisaje. Creador de entusiasmo, ha sabido valorar y realzar, enseñando a ver y conservar toda la belleza que ha encontrado a su paso".

Todo lo cual demuestra que querer es poder. Pero para adquirir el poder del querer hay que sentirlo muy de verdad, no basta solo con querer tenerlo, sin poder tenerlo. Y esto es solo un don de los elegidos.

Juan RAMIREZ DE LUCAS

Fotos: César MANRIQUE

